

HORIZONTES, SOLSTICIOS Y PENUMBRAS. LOS CINCUENTA AÑOS DE UNA PROMOCIÓN HEREDIANA.

Horizons, solstices and shadows: Fifty years of a heredian class.

RENATO D. ALARCÓN-GUZMÁN*

(I) *Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
como se pasa la vida
como se viene la muerte
tan callando,
cuan presto se va el placer
como, después de acordado,
da dolor;
como, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

(II) *Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir,
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.*

(Jorge Manrique, *Coplas por la muerte de su padre*, 1476)

RESUMEN

El autor formula una serie de reflexiones en torno a la trayectoria de la tercera promoción egresada de la Facultad de Medicina de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y que celebra este año sus Bodas de Oro. Examina horizontes inspirados por maestros ilustres y principios irrevocables; solsticios que a la manera de acmés y nadires iluminaron rutas de éxitos y satisfacciones o las ensombrecieron con dudas o

dificultades; y penumbras o retraimientos de soledad e impotencia frente a lo inevitable. En su actual encrucijada existencial, la Promoción Alberto Hurtado de 1965 reafirma convicciones de inmenso valor ético, de servicio auténtico, de ciencia profunda y de vocación duradera.

Palabras claves: Promoción, facultad de medicina, aniversario, cincuentenario.

* Titular de la Cátedra Honorio Delgado, Universidad Peruana Cayetano Heredia. Profesor Emérito de Psiquiatría y Psicología, Mayo Clinic College of Medicine, Rochester, Minnesota, Estados Unidos de Norteamérica.

ABSTRACT

The author formulates a series of reflections about the trajectory of the third class graduated from the School of Medicine of the Universidad Peruana Cayetano Heredia and celebrating this year its Golden Anniversary. Horizons, inspired by illustrious teachers and irrevocable principles; solstices that in the manner of acmes and nadirs illuminated routes of success and satisfactions, or darkened them with doubts and difficulties; and somber moments of retractions, solitude or impotence in the face of the inevitable, are all examined. In its current existential crossroads, the Alberto Hurtado Class of 1965 reaffirms convictions of enormous ethical value, authentic service, profound science and enduring vocation.

Keywords: Class, faculty of medicine, anniversary, fiftieth anniversary.

Ll arribo de un nuevo aniversario, sea cual fuere el motivo de la celebración, trae consigo un inmenso aflujo de recuerdos y una variada gama de reflexiones, unos y otras en posesión de la incambiable individualidad de sus autores. Los recuerdos pueden ser aquellos sólidamente establecidos en lo que algunos llaman “inconsciente”, convocados solamente al influjo de emociones profundas, o lo que otros comparan con el viejo desván, aquel lleno de álbumes, fotos, tarjetas, cartas o cachivaches con olores de nostalgia, sabor de lágrimas o eco de carcajadas. Las reflexiones entrañan análisis fríos o engranajes sentimentales, descripciones más o menos detalladas o interjecciones irrepetibles. Los orígenes, la trayectoria, los caminos recorridos, las

experiencias vividas y su significado emocional hacen que las reflexiones otorguen nueva vida a los recuerdos, o que estos apuntalen el juicio implícito contenido en aquellas. Y cuanto más abultado el peso, y el paso, del tiempo en cada aniversario, sobre todo si este es el de un grupo de humanos a quien el destino juntó en algún momento de su historia, los recuerdos y las reflexiones se tiñen de esa coloración semioscura atravesada a veces por fogonazos impredecibles: la noción de un avance que es también retroceso, de un paso adelante que más bien acerca un final impredecible. El tema que Jorge Manrique trazó en diestras y preciosas metáforas hace casi seis siglos.

La Promoción Alberto Hurtado, la tercera de la Facultad de Medicina de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, egresada en 1965, cumple este año sus Bodas de Oro. Cincuentaicinco nuevos médicos, todos considerados alumnos fundadores de la nueva institución académica con entonces apenas cuatro años de existencia, iniciaron su propia gesta en el ejercicio de una profesión esencialmente solidaria. Las dos promociones anteriores sumaron menos de 40 graduandos, de modo que la nuestra por solo su tamaño se convirtió, de facto, en la presencia herediana más numerosa en el escenario médico peruano de aquel entonces. Treintaisiete de sus miembros habían sido sanfernandinos desde pre-médicas hasta el segundo año de Facultad, en tanto que 18 provinieron de fuera de Lima: siete de Trujillo, cinco de España, cuatro de Arequipa, uno de

Argentina y uno de Venezuela. De las ocho mujeres, cinco eran de Lima. Andando el tiempo, veinte emigraron para hacer estudios de posgrado en el extranjero, doce retornaron a la patria y los ocho restantes permanecieron fuera. Cuarentaiuno siguieron diversas especialidades clínicas, los catorce restantes forjaron su carrera en campos quirúrgicos. Un total de once emprendieron el viaje sin retorno, en circunstancias y momentos obviamente variados. A ellos dedicaré una reflexión especial más adelante.

Celebrar cincuenta años de la existencia de algo es, sin duda, una ocasión especial. Si se trata de un grupo humano unido por una vocación de servicio en una profesión que tiene que ser esencialmente humana, humanizante y humanística, tal celebración tiene ya visos de historia, elementos que trascienden la experiencia individual para ser piedras de toque en una vivencia colectiva. Hablamos menos de lo que cada uno ha hecho o ha logrado y hablamos más de un “nosotros” más fraterno, más cálido, más solidario y más nuestro. Dejamos de lado el egotismo de marchas solitarias en callejas o avenidas existenciales de variada alcurnia para centrarnos más en paisajes intensos, en visiones casi oníricas atravesando campos, colinas, montañas, ríos u océanos, villorrios o rascacielos. Casi súbitamente nos olvidamos de diferencias -sociales, étnicas, fisonómicas o financieras¹ y nos abrazamos el uno al otro con calidez y afecto, hablando el lenguaje

que nos acerca de veras, el que nos dice que hemos caminado cinco décadas en busca de un mismo objetivo a veces sin saberlo, que hemos transitado horizontes, solsticios y penumbras para llegar juntos, para estar juntos aquí y ahora, que hemos sobrevivido, y que tal vez nos hemos hecho mejores a lo largo de esta travesía.

Tal, la esencia de nuestros horizontes, aquellos que marcaron el comienzo de nuestra jornada. No deja de ser interesante el que la palabra “horizonte” del griego *orixos*, y más tarde en latín, *horizontem*, tenga el significado primario de “línea límite entre el cielo y la tierra”, es decir una distinción más o menos precisa entre realidad e imaginación, entre lo que se conoce y se sueña conocer. El uso metafórico del término a lo largo de siglos es también el de promesas y posibilidades, una mixtura de ilusiones, anhelos y objetivos que sirven para trazar aquello que los filósofos llaman *destino*. Los horizontes que avizoramos hace cincuenta años, al egresar de las aulas heredianas, fueron los inspirados por maestros ilustres que confirieron a nuestra juventud rasgos simultáneos de madurez y realismo, de esfuerzo consistente y de principios éticos inalienables, la convicción de que lo posible solo se consigue mediante la aspiración a lo imposible.² Horizontes también nutridos por años de afectos y amistades en grupos grandes y pequeños, forjados en casos desde la infancia en barrios limeños de cierta alcurnia, en aulas colegiales o en los patios sanmarquinos y, varios,

solamente durante los cuatro años de nuestra experiencia herediana. Esos horizontes fueron sin embargo, para todos, los de una práctica profesional en aquel momento inmensurable, desafiante, provocador y excitante. Horizontes que entrañaron lo que Honorio Delgado había llamado, en otro contexto pero con la misma sabiduría, el proceso de “labranza personal”, la trayectoria graciesca del “hombre de bien...que rige su existencia por lo más altos propósitos, sensible a lo bueno y más a lo muy bueno.”³ “Hombres humanos” en el decir vallejiense, nosotros sabíamos también que el humanismo que nos nutrió en Cayetano Heredia fue sustancialmente rebelde: jamás toleramos que se nos utilizara como instrumentos, nos enfrentamos a prepotencias y soberbias, nos entregamos a una causa justa y noble. Porque, como dice Francisco Miró Quesada Cantuarias: “El humanismo no es una teoría, es una pasión.”⁴

En preparación para aquella etapa inicial de nuestra jornada teníamos el bagaje elocuente de nuestra formación profesional, el deber de demostrar el valor del conocimiento adquirido en las aulas del local de la calle Belén y en las salas del Hospital Dos de Mayo o el Hospital Loayza, en la Maternidad de Lima, el Sanatorio de Bravo Chico, el Hospital de San Bartolomé o el Hospital del Niño, en los pabellones del Hospital Larco Herrera o en la Emergencia de la Avenida Grau. Teníamos, o pensábamos que teníamos, las destrezas clínicas o quirúrgicas que nos enseñaron y transmitieron los Subauste,

los Alhalel, los Torres, los Lumbreras, los Gastelumendi o los Carcelén, los Bedon, los Jáuregui o los Petrozzi, los Baracco, los Cabieses, los Higginson, los Peschiera, los Rocca y muchos más. Y, por sobre todo, teníamos la responsabilidad de materializar las esperanzas de nuestros padres, de nuestros seres queridos y las muy nuestras. Estas últimas, una mezcla de inocente arrogancia (¡no en vano éramos egresados de Cayetano Heredia!), de elucubraciones expectantes y de terca determinación.

Nuestra trayectoria se inició al conjuro de una sencilla ceremonia en el patio del viejo local de la calle Belén. Y se dio, por cierto, bajo los mejores auspicios. No hubo discusión alguna en torno a la decisión de dar el nombre de Alberto Hurtado a nuestra promoción. La primera había adoptado el de Víctor Alzamora Castro, el primer héroe, el primer mártir de la nueva Universidad. La segunda promoción rindió homenaje a nuestro rector fundador, a ese ciudadano del mundo, psiquiatra ilustre y pensador insigne. Era pues deber histórico y reconocimiento justo el conferir a la nuestra el nombre de nuestro primer decano de medicina, investigador fecundo, educador nato, hombre de coraje y de principios. Jamás renunciaremos a esa dignidad sabia que Hipócrates contrapuso “a la intemperancia, la vulgaridad, la codicia, la rapiña y la desvergüenza”⁵, que Kant describió como condición inherente al ser humano⁶, que Diego Gracia⁷ adscribió a una piedad y a una justicia primigenias y que

Alzamora, Delgado y Hurtado personificaron con coraje y presteza.

Nuestra marcha se hizo a través de rutas diversas en el Perú y en otros países. Ya para entonces, el más o menos célebre *Educational Council for Foreign Medical Graduates (ECFMG) Examination* se había constituido en una especie de parámetro más o menos fidedigno del nivel de nuestra formación médica y, para veinte de nosotros, fue paso previo a estudios de posgrado en el país del Norte. En una u otra forma, nuestra jornada de cinco décadas nos llevó por diferentes recovecos físicos o geográficos y existenciales. Posgrados de naturaleza diversa fueron el proscenio en el que pusimos en acción lo mejor de nosotros mismos para ingresar luego en la práctica privada, pública, académica o administrativa y, al paso de los años, alcanzar cada uno lo que llamo solsticios de nuestra vida profesional y personal.

Solsticio, del latín *solstitium*, formado por “sol” y la raíz *stit-* derivada del verbo *sistere* o “detener”, significaría literalmente “sol quieto” ya que, durante los solsticio, el sol parece detener su marcha. Pero hay algo más que los astrónomos nos dicen cuando hablan de solsticios: son los momentos del año en que, debido a la posición del sol al cenit del mediodía en el ecuador celeste, la duración del día y la altitud del sol son máximas en el solsticio de verano y mínimas en el solsticio de invierno. No en vano, muchas culturas a lo largo de los siglos celebraban el solsticio con júbilo

intenso o reflexiones colectivas.⁸ Pues bien, estoy seguro que cada uno de los miembros de nuestra promoción ha vivido solsticios existenciales diferentes en estos cincuenta años: acmés y nadires, la luminosidad intensa y prolongada de éxitos y satisfacciones o la oscuridad, deseablemente corta, de dudas o dificultades. Quiero insistir, sin embargo, en los primeros, aquellos momentos o etapas en que nuestras realizaciones y nuestros logros justificaron plenamente una entrega decidida al esencial objetivo de nuestra profesión: servir con lo mejor de nuestras capacidades a seres humanos en necesidad de ayuda.

Hemos hecho esto, aquí y allá. Aquí en la patria, muchos de nosotros, en tributo cotidiano a la tierra en que nacimos, en la reafirmación diaria de nuestra peruanidad, definida tal vez de manera diferente por cada miembro de la Promoción. Allá, quienes seguimos una ruta trashumante de búsqueda o de aventura, de comparaciones y desafíos aun cuando, me atrevo a decirlo, pensando siempre en familiares y amigos, avizorando siempre el paisaje peruano en fotos o imágenes, refugiándonos a menudo en el recuerdo o en la historia, en la lectura de cartas, en el escuchar nostálgico de nuestra música, en llamadas telefónicas o en el rehacer de itinerarios mediante visitas intermitentes. Saboreamos todos, seguramente en no pocas ocasiones, experiencias exitosas, fases de un solsticio más o menos largo de felicidad y autorrealizaciones, la gratitud de pacientes ante intervenciones exitosas, de

estudiantes por experiencias enaltecedoras, de colegas por el compartir de destrezas comunes, de nuestros seres queridos por el persistente intento de cumplir nuestro destino y dar expresión concreta a sus esperanzas.

Un evento obviamente trascendental, punto alto en el solsticio de nuestra promoción como en el de todo grupo humano, fue sin duda la conformación de una familia y para muchos de nosotros, si no todos, el nacimiento de quienes han de llevar nuestro apellido y hacer perdurar nuestro legado. Los hijos son fuentes de luz, de inspiración y expectativas, de renovación y desafíos. Verlos crecer y madurar, triunfar o fallar, llorar y reír, acompañarnos y luego partir en busca de su propio destino, son ingredientes sustanciales de nuestra jornada vital.⁹ Los hijos y más adelante quizás, los nietos, han sido y son tema obligado de nuestros encuentros, tanto o más intensos que el intercambio de experiencias profesionales o el relato de los achaques grandes y pequeños que algunos llaman los “males del alma...naque”. Los diálogos en torno a aquellos que son nuestra sangre y nuestros genes rescatan la esencia de nuestra humanidad, los fragores de nuestra fe en la vida, la amplitud esperanzadora de nuestros horizontes y la perdurabilidad anhelada de nuestro solsticio.

Y nuestra promoción ha conocido también de penumbras y retraimientos, de soledad e impotencia frente a lo inevitable. Son once de nuestros compañeros y amigos los que ya nos

han abandonado físicamente. Cada uno de ellos merece un homenaje por lo que fueron y significaron para los suyos y para nosotros. Más allá del obituario formal o del quehacer protocolar del sepelio y de la oración fúnebre, su recuerdo nos ayuda a discernir sobre la vida y la muerte, en términos fraternalmente sinceros, hablando del amigo o amiga con quien estudiábamos o nos divertíamos, del compañero o compañera de carpeta, del discípulo a quien admirábamos por su humor o su sapiencia, o rechazábamos por sus “defectos”, hoy meros e irrelevantes adjetivos. La muerte de estos once amigos, sin embargo, su recuerdo profundo y meditado, no tiene que ensombrecer este nuestro reencuentro. Todo lo contrario.

Permítaseme recordarlos, uno a uno, brevemente. Un recuerdo personal, fraterno, ligero tal vez pero eminentemente sincero. Y lo haré por orden alfabético. De Sami Brahim Awapara, uno de los tres arequipeños que vinimos a Cayetano Heredia, recuerdo su bonhomía, su incansable empeño, su amor por el fútbol, su vehemencia, su orgullo étnico. A Eduardo Bravo Charcap, trujillano, lo llamábamos “el PIP” porque le complacía dejar a sus interlocutores con la duda de si estaba captando información sin solicitarla o simplemente jugándoles una broma sin reírse. Luis Dejo Ortega tenía talentos de pintor y dibujante y era por cierto peruano pero con un acento muy venezolano. Enrique Goytizolo De Smet, distinguido, reservado,

presto sin embargo al comentario risueño. Miguel Malpartida Pardo Figueroa, activista, orador, uno de los distinguidos líderes de la inicial organización estudiantil herediana, prematuramente desaparecido en un accidente aéreo durante el ejercicio de su trabajo profesional.

Ernesto Morán Rodríguez, de espíritu recio y gran coraje detrás de una apariencia sencilla, un hablar suave e indisimulado afecto; falleció en Estados Unidos pero pidió que sus cenizas fueran arrojadas en las aguas peruana del Océano Pacífico. Blanca Neira Canales, “la arequipeña”, trajo consigo tenacidad y dedicación a toda prueba, competitividad sincera y firme, honestidad y fe profundas. Raúl Valencia Guerra tenía una expresión plácida, bien dispuesta, casi siempre sonriente, los problemas parecían no afectarle. Víctor Yáñez Aguirre era más bien de hablar ceremonioso y elegante pero acogedor y sincero. Ignacio Zimmerman Zavala, otro arequipeño pero con premédicas en San Marcos, fue herediano de la primera hora, combativo, sincero, auténtico amigo de sus amigos.

He dejado al final, el recuerdo de Renato Guzmán Barrón Figari. “Tato” fue uno de los discípulos limeños que acogió al “provinciano” que yo era, con gran afecto y sincero deseo de ayudar en un obvio proceso de aculturación. Durante nuestro tercer y cuarto años de medicina me invitaba a menudo a su casa para estudiar juntos. Su dramática

partida, sean cuales fueren la razones, planteó claramente a nuestra promoción, las interrogantes, las promesas y las desazones de la vida humana. Tato era hábil, estudioso, serio, profundo, enormemente consciente de su apellido y de un deber autoimpuesto que consideró también, en cierto modo, encargo familiar y deuda histórica. Confrontando retos desconocidos o inesperados, vivió sus angustias con el ropaje de una “procesión que va por dentro”, tal como le dijo a uno de nosotros horas antes de su último viaje. Tato trazó pues la penumbra más profunda de nuestra promoción, la dolorosa e injusta culminación de una vida breve y trágica, de un destino que no alcanzó la plenitud. Más que esto, recordaremos sin embargo, sus anhelos, su vehemencia, la esencial trascendencia de sus dudas. Y a él, como a todos los que ya partieron, los tenemos a nuestro lado, escuchando sus voces en las alas del recuerdo o, como dice Quevedo, a través de “músicos callados contrapuntos, que al sueño de la vida hablan despiertos.”¹⁰

La Promoción Alberto Hurtado 1965 de la Universidad Peruana Cayetano Heredia es la tercera en celebrar Bodas de Oro, cincuenta años de existencia. Esta es pues una oportunidad para revisar su historia y el papel que ha cumplido tanto en el devenir de la institución herediana como en el de la medicina peruana. Creo que podemos estar justificadamente orgullosos en ambos campos. Fue no solo la más numerosa en los años aurales de

nuestra facultad de medicina. Fue la primera en amalgamar estudiantes de San Marcos con los procedentes de otras latitudes, manejando diferencias socioeconómicas, étnicas y hasta culturales en nombre de principios éticos y académicos superiores. Puedo citar aquí a Octavio Paz: “A través de nuestras coincidencias y de nuestras diferencias también aprendimos algo de nosotros mismos.”¹¹ Los seres humanos no están en perpetua discordia porque su condición dicta también el canon de una perpetua reconciliación con otros y consigo mismos. Nuestra promoción contribuyó significativamente en la formación, estructuración y funcionamiento iniciales de la Asociación de Estudiantes de Medicina (AEMCH), a sus primeras publicaciones y sus primeros intentos de diálogo constructivo con los que decidieron quedarse en la casa sanfernandina. Varios de sus miembros participaron en la elaboración de íconos tempranos (escudo, himno) de la nueva universidad y en la edición y disseminación de documentos clave de su concepción institucional y su filosofía docente.

Más aún, nuestra promoción ha brindado a la profesión médica peruana una gama variada y selecta de especialistas (en medicina interna, cardiología, gastroenterología, oftalmología, patología, pediatría, gineco-obstetricia, cirugía cardiovascular, medicina física, neurología, psiquiatría y otros campos), clínicos y cirujanos, investigadores de ciencias básicas y clínicas,

varios asumiendo también responsabilidades administrativas en centros académicos y organizaciones profesionales nacionales e internacionales. La cantidad y calidad de labores que un grupo relativamente pequeño de graduados ha desplegado con diligencia y calidad reflejan fundamentalmente la filosofía y ética de trabajo forjada y absorbida durante nuestros años estudiantiles.

El tiempo ha transcurrido. Somos menos pero aquí estamos, reafirmando calladamente día a día el legendario juramento de nuestra profesión, haciendo de la amistad auténtica el sello distintivo de nuestra madurez, abrazando a nuestros maestros como talladores de aquel horizonte de hace cincuenta años, copartícipes de nuestros solsticios, testigos y ejemplos en el manejo de penumbras transitorias. Me atrevo a decir que hemos puesto en práctica el “Principio Esperanza” de Bloch, Camus o José Carlos Mariátegui: Aprender a esperar para, así, ser nosotros mismos en el mundo adulto y profesional, es decir ampliar nuestros horizontes, reafirmar nuestra identidad y encausar nuestra autointerrogación existencial en la línea de nuestra insistencia vital.¹² Estamos aquí recordando con profundo afecto a los que nos han dejado porque ellos nos han ayudado a generar el sosegado realismo con que deseamos afrontar la misma fase, esa a la que Jorge Manrique cantó con serenidad y armonía en sus “Coplas por la muerte de su padre”:

*Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos
andamos mientras vivimos
y llegamos,
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.*

Intentamos también, sin embargo, preservar el élan de servicio de una ciencia médica plenamente solidaria y humanística. Es la esencia real e incontrastable del ser médico que Honorio Delgado, describió con certera elocuencia: “Hoy en día, merced a la base científica de su formación, el médico, aunque no libre de sectarismos y veleidades ideológicas, tiene a su alcance un criterio fundamental que le permite prevenir los extravíos de la imaginación y métodos más o menos apropiados para verificar o descartar las hipótesis”. Pero ese apogeo de la ciencia debe ser “dirigido e iluminado por una fe íntima en la idea de la medicina...la sustancia inmutable de la vocación médica”, el don de humanidad, la sensibilidad y la discreción, en suma “el amor al bien dirigido a la salud, contra el dolor y la muerte.”¹³

¿Es ésta una utopía? Si lo es, se trata de lo que García Márquez¹⁴ describe como “una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra.”

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1.- ALARCÓN GUZMÁN, RENATO. CAYETANO HEREDIA: HISTORIA, PRESENCIA Y DESTINO. ACTA HEREDIANA, 1977; 6: 37-48.
- 2.- PALOMAR PÉREZ, NATALIA (ED.). HERODOTO: LOS NUEVE LIBROS DE LA HISTORIA. BARCELONA: EDICIONES ORBIS, 1982.
- 3.- DELGADO, HONORIO. GRACIÁN Y EL SENTIDO ARISTOCRÁTICO DE LA VIDA. EN: DELA CULTURA Y SUS ARTÍFICES, PP. 171-183. MADRID: AGUILAR S.A., 1961.
- 4.- MIRÓ QUESADA CANTUARIAS, FRANCISCO. EL HUMANISMO, ENSAYO DE DESLINDE. ACTA HEREDIANA, 1970; 3: 5-10.
- 5.- ANÓNIMO. TRATADOS HIPOCRÁTICOS 1983-2003; I: 202-203.
- 6.- KANT, IMMANUEL. CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA. MADRID: ALFAGUARA, 1988.
- 7.- GRACIA, DIEGO. CONSTRUYENDO VALORES. MADRID: TRIACASTELA, 2013.
- 8.- YAÑEZ-VEGA, LUIS. EL MASÓN APRENDIZ, 21 JUNIO 2010.
- 9.- FUENTES, CARLOS. PERSONAS. MÉXICO D.F.: ALFAGUARA, 2012. QUEVEDO, FRANCISCO DE. OBRAS COMPLETAS, TOMO 2 (POESÍAS). SEVILLA: IMPRENTA DE E. RASCO, 1897.
- 10.- PAZ, OCTAVIO. HOMBRES EN SU SIGLO. BARCELONA: EDITORIAL SEIX BARRAL S.A., 1990.
- 11.- MARIÁTEGUI CHIAPPE, JAVIER. JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI: FORMACIÓN, CONTEXTO E INFLUENCIA DE UN PENSAMIENTO. LIMA: UNIVERSIDAD RICARDO PALMA / EDITORIAL UNIVERSITARIA, 2012.

- 12.- DELGADO, HONORIO. EL MÉDICO, LA MEDICINA Y EL ALMA. LIMA: UNIVERSIDAD PERUANA CAYETANO HEREDIA, FONDO EDITORIAL, 1992.
- 13.- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. LA SOLEDAD DE AMÉRICA LATINA / BRINDIS POR LA POESÍA. CALI: CORPORACIÓN EDITORIAL UNIVERSITARIA DE COLOMBIA, 1983.

CORRESPONDENCIA A:

Dr. Renato Alarcón Guzmán, correo electrónico:
alarcon.renato@mayo.edu